



A. NIN FRÍAS

Alberto Nin Frías, escritor uruguayo. Suyas son las *Páginas Escogidas* que acaban de publicarse en las Ediciones del REPERTORIO AMERICANO. Reza el Índice:

Introducción.—Auto de confesión.—La oración de un joven ciego sobre el Acrópolis.—Carta a un amigo escéptico.—Tharcisius o fiel hasta la muerte.—El cristianismo ante la civilización.—Ad vigiliis albas.—«Dakuóen guelašasa».—Ten confianza en ti mismo.—La madre inmortal.—Una vocación temprana.—El niño delincuente.—La dicha de la serenidad.—Sabiduría del Oriente.—¡Navidad!—Cristo y los árboles.—Simbolismo de «El oro del Rin» de Wagner.—La belleza de las catedrales.—Lo fundamental de la obra de Larra.—La civilización inglesa.—El individuo y la raza.—Oración en loor de la Virgen.—Plegaria de Sordelio Andrea.—La oración.—La Fe.—El primer deber.—El análisis de la vida moral.—Un episodio del Renacimiento.—Cómo fué a Cristo.

Precio del ejemplar **¢ 2.00.**

Para el exterior, **40 ctvs. oro am.**

## El árbol y la historia de los pueblos

[Conferencia dada ante Maestros y presidida por la Sociedad Forestal, en «El Museo Escolar», Buenos Aires, el domingo 3 de setiembre de 1916].

### SEÑORAS Y SEÑORES:

De todos los objetos que nos rodean, el árbol tiene el simpático privilegio de la longevidad. Vive considerablemente más que el hombre; sobrevive a los animales de más largo vivir, como la tortuga, el loro o el elefante. Por ello, los entusiastas de la tradición, los amantes de la historia, le consideran con singular cariño. El árbol fué el primer retiro del hombre, su primer recurso, y como primer riqueza se le ofreció la explotación del bosque. La conservación y la reproducción del vegetal leñoso es uno de los primeros intereses de la sociedad.

No en balde, por doquier, los pueblos han asociado todos sus actos al árbol querido, tan sereno en su aspecto exterior, tan misterioso en su estructura interior.

El amor al bosque, la pasión del árbol, radica en el corazón de todo hombre grande. Las voces de los bosques, ¿qué poeta no las ha oído? Desde Homero a Rostand, todo literato ha encontrado las palabras suaves del amor y las cálidas de una bella pasión al contemplarlo. Dícele al bosque el genial Edmundo Rostand:

«Estaba enamorado de la selva inmensa, embriagábame su salvaje perfume, fuerte y dulce: necesitaba yo de sus cantos de pájaros y sus

[murmullos.  
De noche, soñaba con ella, con sus ramajes...  
Y de los azules trozos de cielo que tapizan sus claros».

Y así un épico del sonido, Beethoven, dice de ellos: «Un árbol me es más caro que un hombre», y en otra parte de sus escritos autobiográficos dirige esta plegaria al árbol, llena de férvida unción: «¡Dios mío, qué feliz soy en los bosques, donde cada árbol es una voz tuya! ¡Qué esplendor, Dios mío! La paz necesaria para servirte está aquí, en estas selvas y en estas colinas». El árbol es un testigo de la vida de los pueblos, es un testimonio mudo, pero viviente y palpitante al fin, de lo que fué, de lo que es, de lo que será.

Conservan la impresión de los recuerdos gloriosos de antaño. ¿No es el árbol, acaso, para la humanidad que piensa, la imagen harmónica de la perennidad? Nuestros primitivos antepasados lo amaron instintivamente y le tributaron un culto respetuoso.

Entre los árboles históricos del mundo, los cedros del Líbano son los más sagrados de todos. Han ocupado un puesto selecto

entre la estima del hombre, sin duda alguna por estar relacionados con el templo soberbio construido por Salomón, y por las varias citas que se les hace en la Biblia.

Dice el Salmista:

«El justo florecerá como la palma, crecerá como el cedro en el Líbano. Aún en la vejez fructificarán, estarán vigorosos y verdes.»

Situados entre los montes del norte de Siria, hay sobre todo una pequeña meseta a 1700 metros sobre el nivel del mar, con unos cuatrocientos cedros. Aun a los propios sirios, que viven en una región donde son escasísimos los bosques de grandes árboles, les impresionan estos cedros majestuosos, independientemente de su relación histórica.

Un viajero refiere a su respecto que son, después de los sequoias de California, los árboles más altos de todo el reino vegetal. Los cedros alcanzan aproximadamente 30 metros de altura, o sea el promedio de los árboles de la selva. Estos cedros del Líbano son justamente famosos por su antigüedad, sus proporciones y su hermosura. Estos patriarcas de los árboles tienen dos mil años. La anchura de sus troncos es en verdad enorme: mide 16 metros de circunferencia. La belleza de estos árboles consiste en lo frondoso y largo de sus ramas, que llegan a veces a cubrir un círculo de cien metros de circunferencia. Los hay altos y simétricos, con hermosísimas ramas horizontales; otros poseen nudos en sus troncos